

# Cuando la razón se inspiró en los sueños

## Jordi Gil Vernet

Profesor de filosofía y consultor de formación de empresa

EN ESTE AÑO 2016 SE CELEBRA, PARA mayor gloria de las letras inglesas y castellanas, el cuarto centenario de la muerte de dos de los más grandes genios de la literatura universal. No van a ser glosadas aquí sus personalidades ni su obra; que otros con mejores fundamentos se ocupen de ello. Sólo me referiré a William Shakespeare (1564-1616) y a Miguel de Cervantes (1547-1616) como exponentes especialmente ilustres de una época que alumbró, entre otros hitos de suma importancia para la historia de la cultura, aquel momento del pensamiento que hemos etiquetado con el nombre de «Filosofía moderna».

Al igual que todos los puntos de inflexión en el devenir de los acontecimientos humanos, éste contó también con sus antecedentes y precursores. No obstante y a pesar de la deuda contraída con Platón y Aristóteles, la Escolástica, Erasmo de Rotterdam, Tomás Moro, Michael de Montaigne, Francis Bacon, Isaac Beeckman, William Harvey y Galileo Galilei —amén de los matemáticos del colegio jesuita de La Flèche donde se educó—, los historiadores no vacilan en señalar a René Descartes (1596-1650) como el genuino fundador del nuevo periodo de la filosofía que se extenderá hasta finales del s. XIX. Según Ortega y Gasset, esto no se debe tanto a que Descartes innovara absolutamente en filosofía como a que instaurase un nuevo nivel en el filosofar. La filosofía cartesiana

(y con ella, la filosofía moderna) se caracteriza por la búsqueda de un método universal para el avance de las ciencias, método en el que el sujeto tiene la primacía sobre el objeto de conocimiento.

Una simple ojeada a los años que acotan la vida de los tres personajes evidencia que Descartes no pudo haber sido conocido por Shakespeare y Cervantes, ya que cuando estos murieron —con una llamativa cercanía de fechas que ha hecho las delicias de los astrólogos y calendaristas durante siglos<sup>1</sup>— Descartes acababa de cumplir 20 años y no había publicado nada aún. Por otra parte, parece probado que Cervantes nunca supo de la existencia del Bardo inglés, mientras que sí hay indicios razonables de que éste sí pudo haber leído al menos la primera parte del Quijote. Aun así, las influencias directas entre unos y otros son prácticamente inexistentes. Lo que sí comparten nuestras tres eminencias es, sin ningún género de dudas, el espíritu de la época.

El tránsito del Renacimiento al Barroco se distingue por los grandes cambios acaecidos en el canon de las artes (música,

1 Hoy parece establecido definitivamente que la muerte de Cervantes debió ocurrir el 22 de abril de 1616 y la de Shakespeare, el 3 de mayo, según el calendario gregoriano que entonces ya se utilizaba en España. La confusión con las fechas se explica, además de por la escasez de documentos disponibles de la época, porque en Inglaterra todavía se contaba entonces el tiempo con el calendario juliano.

pintura, escultura, arquitectura, la literatura en todas sus facetas: poesía, teatro, novela, ensayo...) y en la aparición de la Nueva Ciencia (iniciada con la revolución copernicana en astronomía y fundamentada por Galileo con la introducción de la física-matemática). Todos estos cambios reflejan las transformaciones sobrevenidas en una Europa desangrada por las guerras religiosas y el inestable equilibrio del poder político. Se asienta el estado-nación moderno en España, Francia e Inglaterra, con un monarca autoritario netamente hegemónico sobre la nobleza. Los territorios de ultramar ensanchan las fronteras de los países hasta límites tan insospechados que en sus territorios ya nunca se pone el sol, surgiendo de este modo la novedosa conciencia de habitar un planeta en rampante inflación geográfica. Por otra parte, la Reforma luterana triunfa y se consolida en el centro y norte del continente europeo, provocando una Contrarreforma ultraconservadora en los países católicos de la periferia que habría de lastrar durante siglos su pleno desarrollo científico, social y económico. Entre las causas de las guerras entre las naciones se cuentan las razones de economía política, los intereses dinásticos y los desencuentros religiosos. Hasta nuestro hombre, Renatus Cartesius, luchó como voluntario en la Guerra de los Treinta Años (1618-1648), el mejor ejemplo de los conflictos bélicos que asolaron el viejo continente en el periodo histórico que nos ocupa.

Fue precisamente durante uno de los asuetos invernales de esta larga guerra cuando un joven Descartes de 23 años, enrolado entonces con las tropas de Maximiliano I, Duque de Baviera, tuvo en un refugio bien caldeado a orillas del Danubio bávaro —una «estufa», según su propia expresión— una concatenación de sueños que él recordaría después como una revelación. A juzgar por la escasa importancia —por no decir nula— que se da a dicho episodio en la mayor parte de las historias de la filosofía al uso, parece como si algunos no se sintieran demasiado cómodos con el hecho de que el padre

del racionalismo moderno hallase inspiración para el desarrollo del *método* en las imágenes oníricas sugeridas por Morfeo. Otros, arrimando el ascua a su sardina, han querido ver en ello un arrebatado equiparable a los éxtasis de Santa Teresa y San Juan de la Cruz, una puerta trasera que conecta el edificio de la razón con el submundo de la irracionalidad mística.

Estos nexos se antojan quizá osados en exceso; sin embargo, es cierto que el recurso a los sueños es algo muy frecuente en la literatura y mucho más aún en la época que nos ocupa. Ya Parménides de Elea, en el s. V a.C., lo había explotado en su poema *Sobre la naturaleza* para narrar la visión de la verdad que experimenta el alma separada del cuerpo durmiente, en el que sea probablemente el primer viaje astral de la historia de la literatura. Un siglo más tarde, en el Libro VII de la *República*, el propio Platón representará la vida humana como una ensoñación sufrida en las penumbras de la caverna que representa el mundo sensible.

### Los sueños de Descartes

Conocemos los hechos de la noche de marras porque el mismo protagonista los relató en sus notas personales —recuperadas por Leibniz— y en sus diarios de viaje, a los que tuvo acceso su biógrafo Baillet<sup>2</sup>. Al inicio de la segunda parte del *Discurso del método*<sup>3</sup>, Descartes cuenta:

Me encontraba entonces en Alemania, país al que había sido atraído con ocasión de las guerras que aún no han finalizado. Cuando retornaba hacia la armada, después de haber presenciado la coronación del emperador, el inicio del invierno me obligó a detenerme en un cuartel en el que, no encontrando conversación alguna que distrajera mi atención y, por otra parte, no teniendo afortunadamente preocupaciones o pasiones

2 Baillet, Adrien (1691), *Vida de Descartes*.

3 Descartes, René (1995), *Discurso del método*; Granada, Miguel Ángel y Lledó, Emilio (editores), Círculo de Lectores, Barcelona.

## **«Una simple ojeada a los años que acotan la vida de los tres personajes evidencia que Descartes no pudo haber sido conocido por Shakespeare y Cervantes.»**

que me inquietasen, permanecía durante todo el día en una cálida habitación donde disfrutaba analizando mis reflexiones.

Fernando II de Habsburgo había sido coronado emperador del Sacro Imperio Romano Germánico en Frankfurt am Main entre agosto y septiembre. Según sostiene Miguel Ángel Granada,

Descartes no fue con el resto de los soldados a los «cuarteles de invierno» (como creen tantos editores) temiendo la ociosidad [y —añado— *la vida libertina de la soldadesca*]. El «cuartel» en el que encontró la soledad para dedicarse a sus «pensamientos» es un lugar retirado (en Neuburg, junto al Danubio); y la «estufa» en la que pasó el invierno era una habitación con cocina, en la que se mantenía la calefacción sin molestar al anfitrión, que también evitaba el humo.<sup>4</sup>

En esa caldeada estancia, tuvo el filósofo tres sueños o ensoñaciones en la noche del 10 al 11 de noviembre de 1619:

Cuando retomaba la unificación de la aritmética y de la geometría entrevista ya desde marzo, entusiasmado al presentir en ella el punto de partida de un método que se extendía a la explicación de la naturaleza, tuvo varios sueños en los que se puede ver la tentación de poseer el mundo (globo simbolizado por la promesa de un melón).

(...) En el último sueño, aparecía,

4 Ibid. (1995)

desaparecía y reaparecía incompleta una «enciclopedia» (saber total), el descubrimiento de que al hombre le queda mucho por avanzar en el camino de la verdad. Una antología poética abierta al azar le ofrece el verso de Ausonio: «¿Qué camino seguiré en la vida?»: de ahí la «resolución...» de emplear todas las fuerzas de su ingenio en seleccionar los caminos que debía seguir.<sup>5</sup>

Abundando en la idea mencionada más arriba, Strathern llama la atención sobre la ironía de que Descartes, el gran racionalista, encontrara su inspiración en visiones místicas y sueños irracionales. Él mismo enumera algunos intentos de justificación racional aportados desde entonces: el cerebro de Descartes se habría calentado demasiado debido a la estufa, una probable indigestión, el exceso de reflexión o la falta de sueño, una crisis mística e incluso el hecho de su adherencia reciente al movimiento Rosacruz<sup>6</sup>. Parece que el asunto del melón fue motivo de gran regocijo entre los lectores de la biografía del padre Baillet. El mismísimo Sigmund Freud fue invitado a dar su versión del asunto en 1929. En opinión del maestro del psicoanálisis, la mejor interpretación en este caso sería la del propio protagonista de los sueños, puesto que se trata de lo que él llama «Sueños de arriba» (*Träume von oben*), es decir, ensoñaciones producidas en un estado muy cercano a la vigilia.<sup>7</sup> Así pues, merece ser respetada la convicción de Descartes de que sus extraños sueños le animaban a seguir buscando un método seguro para el desarrollo de las ciencias, un método cuya clave se hallaba en las matemáticas. La revelación le sirvió también para confirmar la unidad de la razón —una razón parmenídea, es decir: homogénea, universal y eterna. Contraviniendo por una vez el lema del magnífico grabado de Goya, el sueño de

5 Ibid. (1995)

6 Strathern, Paul (2015), *Descartes en 90 minutos*, Siglo XXI, Madrid

7 En la psicología actual, se conoce esta fase del sueño como hipnagógica.

**«Strathern llama la atención  
sobre la ironía de que Descartes, el  
gran racionalista, encontrara su  
inspiración en visiones místicas y  
sueños irracionales.»**

la razón no siempre produce monstruos; aunque sólo sea porque los sueños pudieron servir de inspiración al campeón del racionalismo moderno.

### Los sueños de Próspero y Alonso Quijano

Los dos autores homenajeados en este número recurrieron igualmente a los sueños para dar sentido a la vida de sus personajes o para meramente referirse a la fatua condición humana. Así ocurre en el archiconocido pasaje de Shakespeare<sup>8</sup> donde Próspero, duque legítimo de Milán a quien su hermano Antonio ha usurpado el ducado, dice a Fernando, príncipe de Nápoles, y a su propia hija Miranda:

*Our revels now are ended. These our actors,  
As I foretold you, were all spirits, and  
Are melted into air, into thin air:  
And like the baseless fabric of this vision,  
The cloud-capp'd tow'rs, the gorgeous palaces,  
The solemn temples, the great globe itself,  
Yea, all which it inherit, shall dissolve,  
And, like this insubstantial pageant faded,  
Leave not a rack behind. We are such stuff  
As dreams are made on; and our little life  
Is rounded with a sleep.*<sup>9</sup>

Cervantes hace lo propio en el episodio de la manchega cueva de Montesinos<sup>10</sup>, en cuya sima hace descender a su maltrecho hidalgo cual si de un avezado espeleólogo y no de un verdadero caballero andante se tratara. Tras largar Sancho Panza cien brazas de cuerda y recuperarlas preocupado al cabo de media hora, emergió

8 Shakespeare, William (1611), *La tempestad*, Acto 4, Escena 1

9 Ahora, nuestro juego ha terminado. Estos actores, / como os dije, eran sólo espíritus y / se han fundido en el aire, en la levedad del aire: / y, al igual que la ilusoria visión que representaban, / las torres que coronan las nubes, los lujosos palacios, / los solemnes templos, el gran globomismo, / sí, con todo lo que contiene, se disolverán, / y, como estos desvaídos espectáculos insustanciales, / no dejarán rastro. Estamos hechos de la misma materia / de los sueños y nuestra breve vida / cierra su círculo con otro sueño.

10 Cervantes, Miguel de (1615), *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, 2ª parte, Cap. XXII

## «Descartes utilizó el trance hipnagógico experimentado a orillas del Danubio como un potente argumento para poner en duda la existencia de una realidad exterior a la mente.»

al fin don Quijote de las profundidades telúricas con evidentes síntomas de estar dormido. Al verlo, le espetó Sancho:

—Sea vuestra merced muy bien vuelto, señor mío, que ya pensábamos que se quedaba allá para casta.

Pero no respondía palabra don Quijote; y sacándole del todo, vieron que traía cerrados los ojos, con muestras de estar dormido. Tendiéronle en el suelo y desliáronle, y, con todo esto, no despertaba; pero tanto le volvieron y revolvieron, sacudieron y menearon, que al cabo de un buen espacio volvió en sí, desperezándose, bien como si de algún grave y profundo sueño despertara; y mirando a una y otra parte, como espantado, dijo:

—Dios os lo perdone, amigos, que me habéis quitado de la más sabrosa y agradable vida y vista que ningún humano ha visto ni pasado. En efecto, ahora acabo de conocer que todos los contentos desta vida pasan como sombra y sueño o se marchitan como la flor del campo. ¡Oh desdichado Montesinos! ¡Oh malferido Durandarte! ¡Oh sin ventura Belerma! ¡Oh lloroso Guadiana, y vosotras sin dicha hijas de Ruidera, que mostráis en vuestras aguas las que lloraron vuestros hermosos ojos!

Es la misma idea, a la postre tan barroca, con la que cierra Segismundo su monólogo en el primer acto del drama que Calderón<sup>11</sup>

11 Calderón de la Barca, Pedro (1635), *La vida es sueño*



estrenó dos años después de la condena papal contra Galileo<sup>12</sup>, otro espíritu que no se dejó encadenar con el cuerpo.

*Yo sueño que estoy aquí  
destas prisiones cargado,  
y soñé que en otro estado  
más lisonjero me vi.  
¿Qué es la vida? Un frenesí.  
¿Qué es la vida? Una ilusión,  
una sombra, una ficción,  
y el mayor bien es pequeño:  
que toda la vida es sueño,  
y los sueños, sueños son.*

Hoy, cuando quizá los tres anden sumidos en el sueño eterno que Sócrates conjeturó en la escena final del *Fedón* platónico, nosotros seguimos disfrutando de las páginas que ellos nos legaron, bien sea riéndonos y compadeciéndonos a la vez de la simpar pareja cervantina, meditando y discutiendo los textos cartesianos o asombrándonos ante el crudo retrato de nuestra desnuda humanidad que contienen los dramas atribuidos a Shakespeare. Estos versos declamados por su creación más universal, el príncipe danés Hamlet, ensalzan bellamente la transcendencia del sueño:<sup>13</sup>

*...To die, to sleep  
—to sleep— perchance to dream: ay, there's  
/the rub,  
for in that sleep of death what dreams may  
/come  
when we have shuffled off this mortal coil,  
must give us pause. There's the respect  
that makes calamity of so long life.<sup>14</sup>*

Para terminar esta somera reflexión sobre la importancia filosófica del sueño y los sueños que el sueño alberga, creo que merece la pena recordar, aunque me haya quedado ya sin espacio para desarrollar la cuestión aquí, que Descartes utilizó el trance hipnagógico experimentado a orillas del Danubio como un potente argumento para poner en duda la existencia de una realidad exterior a la mente. Se trata del segundo escalón de la *duda metódica*, el proceso de deconstrucción de las inciertas certezas que nos arrogamos sobre el mundo que concluirá, como es bien sabido, con el hallazgo de la única certeza absoluta: cogito, ergo sum; «pienso, por tanto existo.» —

12 En 1633, tras un juicio instigado por el Tribunal del Santo Oficio —o Inquisición— en Roma, el Papa Urbano VIII condenó a Galileo Galilei a cadena perpetua. Ésta le fue conmutada por la de arresto domiciliario vitalicio cuando el padre de la ciencia moderna se retractó postrado de las afirmaciones contenidas en su *Diálogo sobre los dos máximos sistemas del mundo*, publicado el año anterior. *Eppur si muove...*

13 Shakespeare, William (1599), *Hamlet*, Acto III, Escena 1

14 *Morir, dormir: dormir / y quizá soñar; ahí está la dificultad, / porque en ese sueño de la muerte, pueden venir los sueños / —una vez nos hayamos despojado de las vicisitudes de esta vida mortal— / que nos hacen meditar. Es este respeto / el que convierte tan larga vida en una calamidad.*